

primitivo, en que se experimenta lo nuevo con inseguridad de expresión; período clásico en que el desenvolvimiento de lo nuevo alcanza la seguridad expresiva, en un juego equilibrado de riqueza de contenido y de forma; y, período decadente, etapa esta última en que se agotan las posibilidades de crecimiento, se embotan los sentidos, se pierde el contenido fundamental y el desarrollo se hace descansar en la orgía de las formas.

Esto hace muy comprensible que todo desarrollo cultural implica un arraigo, pues sin esa condición el hombre y el grupo estarían al vaivén de lo más cómodo, de lo más novedoso, de lo que produzca superficial y temporalmente mejores condiciones y dé mayores seguridades. Es cierto que muchos se dejan ir por las corrientes fáciles de la subsistencia, pero en el caso de las más definidas culturas, que por su misma definición comprometen la existencia del hombre con la supervivencia de la cultura, siempre hay arraigo, base fundamental de la tradición, de la creencia y de la firmeza de la personalidad.

El desarrollo lleva hacia un camino de agotamiento, si no hay una renovación constante. El hombre, creador constante, no se agota mientras vea una esperanza de realización creativa. Quizás ésa sea la razón básica por la que vuelve al lugar tradicional, aun cuando en-

trañe peligro, exija evacuación, no dé seguridad alguna. Es su lugar y mientras los recursos se lo permitan, regresará para planificar hasta donde sea posible el mañana, y aun dentro de la incertidumbre más grande se conformará con ese desafío constante del peligro, que entraña su destino dentro de las circunstancias de su vida cultural.

En la vida cultural de un grupo hay toda una larga historia de defensa, que encierra la proximidad de otras culturas y su asimilación sin pérdida de valores propios, o sea que impera lo que podríamos llamar una estrategia. Esta estrategia exige planificación.

Por otra parte la creación misma de los diferentes Estados, con sus simientes culturales, compromete la labor de los gobiernos hacia la conservación, extensión, promoción y enriquecimiento de los bienes culturales (bienes culturales que acertadamente comprendidos representan el sustento de lo que debe ser el verdadero orgullo nacional, la más representativa imagen de cada país). Ya entonces la planificación sube a los estratos mayores, en que se da la existencia de grupos profesionales, especializados en diferentes campos, que se encargan de planificar la labor cultural.

De esta última labor es de la que trata este estudio.

1. PLANIFICACION CULTURAL

Especialmente en los países subdesarrollados, es muy poco lo que cada Gobierno destina a programas culturales. Frente a la necesidad de un puente, de una carretera, de una cañería o de cualquier otro tipo de inversión que de manera inmediata parece facilitar la producción o garantizar condiciones de salubridad, se prefiere destinar los fondos públicos a ese tipo de obras. Sin embargo, es muy posible que la cultura que anima el desarrollo social e individual, fortalezca el deseo de mejorar, fomente la solidaridad entre los seres y promueva la creatividad en un apetito de empeños, que a su vez inciten a buscar las más acertadas realizaciones.

Los gobiernos de los países subdesarrollados se han orientado más a patrocinar paternalmente algunas de las soluciones correspondientes a necesidades urgentes, con olvido de enseñar cómo pueden los diferentes grupos resolver por sí mismos esas necesidades. Los países así, protegidos parcial y regionalmente por el paternalismo estatal, enseñan sectores de concentración en que se enfatiza la obra pública y otros en que se muestra el más absoluto abandono. Los grupos dotados y los carentes de protección han aprendido a esperar del Estado todo el suministro de servicios frente a sus necesidades y desconocen por completo el camino de su propia ini

ciativa, en que se combine esfuerzo y creatividad, salvo el que realizan para presionar la atención y la obra del Gobierno.

La cultura, como fomento del potencial entero de un pueblo, se ve con cierto temor. El subdesarrollo produce también gobiernos subdesarrollados, que prefieren un fermento lento y pseudo-tranquilo de una situación en que priva la inestabilidad dentro de la circunstancia de un engañoso sopor, que un abierto despertar de necesidades, exigencias e iniciativas, en que pierde su desempeño protagónico de bienhechor. Los gobiernos del subdesarrollo escogen la dotación parcial, que les asegura un papel de generoso actor frente a los impotentes, para garantizar de esa manera la autoridad absoluta y el quehacer público como un cuentagotas de generosidad dictatorial. En el subdesarrollo la democracia resulta un sistema de autodefensa gubernamental y partidarista, que contabiliza concesiones, no en el ejercicio de un diálogo que dé representación al pueblo, sino en un reparto de bienes que puede favorecer a grupos, según las inquietudes y las preferencias de los gobernantes. En las dictaduras que ahogan la libertad y ejercitan el poder desde una represión garantizada por los militares, que a su vez protegen intereses de minorías privilegiadas, la distribución de bienes se restringe a un mínimo vital y obedece a la necesidad de

subordinar cada vez más a las grandes ma
yorías.

En una democracia del subdesarro-
llo, la cultura es un juego en que par
ticipan como beneficiarios pasivos los
pueblos, pero en un alcance y en una di
mensión más invalidante que creadora,
pues no dota de habilidades afirmativas,
sino de espectáculos diversos que al fi
nal de cuentas van disminuyendo el patri
monio individual y social. Es decir, no
se propicia una cultura que incorpora,
sino una simple visión pasajera que dis
minuye la calidad de la vida y sume en
dependencias de consumo o en adquisición
de prestigios insignificantes e inúti-
les. En una dictadura del subdesarro-
llo, la cultura es un bien que se rega-
tea y se minimiza para esclavizar en una
lucha constante por la plena subsisten-
cia.

Este panorama que resume la honda
tragedia del subdesarrollo, enseña que
hay un absoluto desconocimiento de lo
que es la cultura y lo que puede dar el
aliento cultural, quizás hay hasta un
deliberado interés en no planificar la
extensión cultural, salvo en la inten-
ción no disimulada de omitir en cual-
quier plan de desarrollo todo intento
de incrementar la cultura del pueblo.

Es muy posible que cuando los go-
biernos del subdesarrollo hablan de cul
tura, se refieran a un costumbrismo ya

no vigente, a un heroísmo del pasado y a un simbolismo vacío de los valores nacionales presentes en el pueblo, para ritualizar la cultura en signos representativos y hacer ceremonia de lo que debe ser un movimiento libre y creciente. Esa tendencia a estimular lo simbólico, es un simple acto ceremonial sin repercusión en la vida cultural del pueblo.

Dentro de todas estas circunstancias, citadas ligeramente, puede afirmarse que no hay política ni planificación cultural en Latinoamérica, excepto en aquellos países en que ha existido o existe un movimiento realmente libertador.

Frente a lo anterior, no puede negarse que existe en la región valiosos esfuerzos de artistas y de promotores cultos por alentar y desarrollar la cultura; que hay intentos de rescatar obras del pasado para fomentar el turismo; que se propician ciertas empresas culturales con un determinado patrocinio estatal para exhibir la personalidad creativa del país; que se cuenta con planes para proteger la cultura de minorías o mayorías étnicas, algunos muy acertados y otros simples pretextos para aniquilar esas culturas; que hay empeños esporádicos por levantar el status cultural de cada pueblo; y que se aprecia la existencia de estímulos para apoyar las carreras artísticas. Sin embargo, para la cultura básica, la que da vida y personali-

dad al pueblo, en general no hay política ni planes basados en investigaciones y que lleven hacia metas, que a su vez exijan mediciones de alcances y modificaciones en la planificación.

En todo caso este estudio, sin apartarse de las circunstancias costarricenses y las que se conocen en Latinoamérica, busca acercar las bases de lo que en nuestra realidad debe ser la planificación cultural.

Por planificación se entiende la organización que se diseña para llenar una necesidad y alcanzar el más óptimo resultado del trabajo que se defina. No se planifica en la irrealidad. Se planifica para algo y para alguien. Se parte de la idea de que lo necesario debe resolverse y de que la resolución debe ser tan satisfactoria como el mejor de los ideales.

Nada se puede planificar si no hay un conocimiento básico de dos existencias: la necesidad con todo su realismo, con sus expectativas y sus consecuencias; y, el ideal de obtener mediante el más adecuado diseño que conjugue esfuerzos, recursos, iniciativas y estímulos para superar el estancamiento y encontrar la vía de una realización constante, que surja de todos como una corriente espontánea con las más legítimas expresiones de continua creación individual o social.

La planificación es una estrategia que sale del conocimiento de la realidad y que encuentra su razón de ser en el mejoramiento de esa realidad ya liberada de lo que detiene su desarrollo, sin perder la base sustancial que la ha formado y sostenido.

a) Inventario de necesidades

Sin entrar en discusiones bizantinas de si se debe primero definir la realidad o la idealidad, se parte del hecho práctico de que en un proceso ha de tener lugar un primer paso para dar el segundo. Quien se aventura a realizar una acción, se supone que está cargado de intenciones constructivas. Hay algo de bien en el que desea conocer, ese bien estriba en que el conocimiento engendra una acción y esa acción tiene que ser de decidida influencia en un progreso integral y permanente que propicie siempre una estabilidad afirmativa.

Por lo tanto, se deduce que el esfuerzo de penetrar la realidad implica en sí el mejor intento de iniciar las más acertadas realizaciones.

El propósito de planificar lleva en sí la idealidad. El primer paso, el conocimiento de lo que sucede, no hace sino acercar hacia ese propósito sustantivo.

El obtener un inventario de necesidades exige una objetividad a toda prueba. Para ello hay que luchar con un espíritu sensible que marca contrastes con una realidad pobre frente a otra realidad falsa, que no enseña con facilidad sus propias miserias culturales. Por ejemplo, un campesino que usa su ingenio y su creatividad para superar la aridez de un ambiente desprotegido de estímulos, puede tener menos necesidades culturales que un estratificado en una clase media con valores mediocres, sin espíritu creativo, lleno de estímulos estereotipados y de respuestas "lugares-comunes", por lo que carente de inquietudes empeña su energía en los esfuerzos de adquirir la incultura de una vulgaridad que disminuye e invalida. El de la clase media puede ser alfabeto y el campesino analfabeto. El primero no lee en el sentido de alimenticio crecimiento, se conforma con ver y copiar los modelos que extienden las modas. El campesino interpreta los signos del cielo, del viento, de la tierra, y escribe sus experiencias de observación en una filosofía simple y propia, carente de terminología adecuada pero profunda en riquezas de verdades sobre la vida y la muerte. Incluso puede alcanzar una mejor calidad en sus circunstancias, pues sólo las necesidades lo impulsan a resolver sus vitales angustias, no conoce de compulsiones ajenas a su normal desempeño de hombre natural. Es más persona un campesino auténtico, con más posibilida

des de crecer y ser en un ambiente armónico, concordante con su estilo de vida y amplio hacia las perspectivas de su afirmación, que un ser objeto, enajenado dentro de sus circunstancias, a tal punto de que acaba siendo más circunstancia que persona.

Esta objetividad que se requiere para hacer el inventario de necesidades, debe distinguir que condiciones de bonanza de determinados sectores no significan un grado alto o aceptable de cultura. Un hogar repleto de comodidades puede tener carencias culturales y no generar cultura, si su aparente bienestar es fruto de un agotar las fuentes de cultura sin devolver nada a ellas. Lo mismo puede apreciarse frente a instalaciones de enseñanza, pues el hecho de que sean instalaciones modernas, cómodas y amplias, no asegura que la educación impartida sea la adecuada al crecimiento social de la comunidad y que esté formando seres estables, válidos para afrontar las necesidades de sus pueblos. Debe tenerse presente que la educación inadecuada, ha socavado las bases culturales y ha sido el factor de alejamiento de las personas en el trabajo necesario para el desarrollo y bienestar de la mayoría, en las condiciones de sitio y momento en que se requieren.

Para inventariar las necesidades culturales se necesita una metodología especial. No se trata de reseñar meras

estadísticas, producto de investigaciones tipo cuestionario y entrevistas, ca si siempre diseñados en términos iguales a diferentes grupos de población, que logran respuestas convencionales o falsas, que no ayudan a conocer las verdaderas situaciones. Se trata del trabajo de un equipo interdisciplinario, que integre a sociólogos, antropólogos, artistas, líderes comunales y educadores, para hacer en cada comunidad la investigación respectiva, con base en la adaptación necesaria de la metodología especial que se haya seleccionado como guía.

Es conveniente que un organismo internacional como UNESCO propicie una reunión de expertos para que se defina esa metodología, que debe ser una guía orientadora para cada caso en particular y no un documento rígido que exija seguirlo como norma fija y absoluta.

Por otra parte es comprensible que este esfuerzo de inventariar, resulta un trabajo lento y reflexivo, que de entenderse como un paso previo indispensable atrasaría la realización de planes culturales.

Las urgentes necesidades de cada país no permiten una larga espera. En todos los grupos resulta urgente iniciar algo que represente un estímulo de creación cultural.

Además, con sólo ver el panorama de los pueblos se siente fluir sus necesidades culturales, sin mayor estudio y ahondamiento. Es por lo tanto posible realizar un inventario a "grosso modo", únicamente con la intención de empezar con propiedad, siempre que se trate de dos o tres necesidades plenamente evidentes. Es, por ejemplo, fácil de determinar que se necesita generalizar la cultura básica de la comunidad y encontrar la forma de afirmarla sin omitir el conocimiento de la cultura nacional y universal. Otro aspecto notable es el de afinar los instrumentos culturales que usa la comunidad, para su mejor desempeño y un uso más amplio. El principal campo que se debe abonar es el de refuerzo a la organización de grupos y a las iniciativas individuales, para que puedan valorar en su verdadera dimensión sus características distintivas y lograr con su sustancial fomento comenzar el desarrollo de su propia vida cultural, así como la vía de solución de sus problemas básicos.

No quiere decir lo anterior que se rechace la ayuda del Estado, sino el lograr que tal ayuda se convierta en verdaderos puntos de apoyo para el propio desenvolvimiento, de acuerdo con las necesidades relacionadas por los mismos pueblos, y no en el regalo caprichoso del padre gobernante.

Frente a este inicio, debe realizarse el inventario detallado, pues es necesario verificar, comprobar, orientar, evitar cualquier paso experimental que frustre, y unir las acciones en un plan que conozca las causas para lograr los más permanentes, válidos y acertados efectos.

Este inventario de necesidades culturales debe representar un diálogo constante con el pueblo y tener presente que no siempre sus propias solicitudes son las básicas y las reales. Muchas veces perdidos en la ambición de prestigio sacrifican lo imprescindible en busca de lo superficial, incluso lo innecesario y lo contraproducente para su desarrollo y su firmeza. El inventario debe descubrir lo real, aun cuando haya confusión de valores, y especialmente discernir lo falso de lo verdadero y necesario. Es conveniente recordar que las ventoleras de ciertas modas, sin sustento esencial para los pueblos, confunden momentáneamente los gustos y los deseos, al punto de llegarse a menospreciar o dejar de percibir creaciones y movimientos propios de hondo valor, deslumbrados por una corriente ajena a una valoración que justifique cualquier tipo de permanencia.

Además, en el inventario debe despertarse el hambre de cultura, en que se sitúe en su base sustancial la propia cultura, para partir de ella hacia el desarrollo y el crecimiento.

b) Definición de objetivos

Con base en el inventario, viene el diseño de los objetivos. Al principio es un trabajo de definir perfiles, para buscar los puntos más agudos. Es muy posible encontrar junto con necesidades culturales otras de orden vital, cuya resolución urge y casi supedita la planificación que se va a hacer en el campo cultural, pues se trata de hambre, de ausencia de vivienda, de carencia absoluta de condiciones sanitarias, de falta de trabajo, de incapacidad de producción, de condiciones de marginación asentadas de tal manera que una invalidez casi constitucional impide pensar en la introducción de un objetivo cultural.

Quizás esta radiografía cruda de la realidad encontrada, pueda desconcertar en su revelación de puntos críticos. Pero, no deben rodearse los problemas de soluciones de tipo parcial, con planes de emergencia que resultan parches y que ahondan las verdaderas causas de la miseria hasta llevarlas hacia escabrosas situaciones de muy difícil superación.

Los problemas culturales son causa y efecto del estado en que se encuentre el pueblo. Causa por cuanto significa que la habilidad inteligente que da el valor "cultura", se ha perdido u olvidada

do. Efecto porque la consecuencia de lo anterior se revela en múltiples manifestaciones, especialmente en el hecho de que la mediocridad ha bajado hasta el grado de incapacidad.

El perfil que denota los puntos críticos, debe sustentar la definición de objetivos. En esta definición deben incluirse soluciones integrales y racionales, que prevean avances en el alcance de los objetivos propuestos e involucren los factores más determinantes, para recuperar salud y proveer alimento, vivienda, producción, educación constante, todo entrelazado por la vía más eficaz: la del trabajo.

Estos objetivos deben estructurarse en tal forma que los esfuerzos para su consecución combinen la contribución del Estado, la de la comunidad socialmente organizada y la de cada integrante de ella, mediante un compromiso de ayuda mutua.

Los objetivos, a su vez, deben encadenarse por medio de una estructura de tiempos, que determine los que deben cumplirse ya, los que se pueden lograr en corto tiempo, los que abarcan varios años y los que se llenarán en un lapso más prolongado, o sea encadenar lo que se conoce como objetivos inmediatos, a corto plazo, los de mediano plazo y los finales del período.

Este encadenamiento debe ser absolutamente congruente para llenar las necesidades de hoy y prever las de año a año. En realidad, estas metas son como un tránsito de pasos hacia otro paso, mediante el camino que vaya determinando el progreso.

Los objetivos culturales se pueden reseñar en una sola frase: mejorar en todo la realidad nacional por medio de un incremento de la cultura básica, que afirme al pueblo en su poder de realización. El hecho de reseñarlos tan fácilmente no quiere decir que en la planificación cultural no se deban detallar minuciosamente. (Ver cuadro en página siguiente).

Al hacer estas listas de recursos de organización, se debe advertir que la cultura se liga con frecuencia para promover determinados proselitismos hacia ideologías, creencias o intereses. Una buena planificación debe de anticiparse que

Inventario de necesidades

Diseño de Objetivos	_____	_____	_____	_____	_____
------------------------	-------	-------	-------	-------	-------



Realidad

Realidad Mejorada

para:

c) Análisis de recursos

Antes de poner en marcha los esfuerzos necesarios para llegar a los objetivos, y precisamente para programar su alcance, es imprescindible analizar los recursos con que se cuenta. En esta lista se deben incluir las disponibilidades financieras con que el Estado puede contribuir, las instalaciones que se pueden aprovechar para actividades culturales, la existencia de grupos dedicados a estas actividades, las posibilidades que ofrecen locales que se ocupen parcialmente, los planes que se realizan de extensión universitaria, los programas de proyección escolar y colegial, la asistencia comunitaria en salud y sanidad, las labores de asesoría en agricultura, todo lo que se ejecuta en el campo de bienestar social, todo lo que se realiza en el área de mejoramiento comunal. Además, debe listarse también las organizaciones que existen de movimientos juveniles, religiosos, deportivos; las asociaciones profesionales; las cámaras que agrupan intereses comerciales o industriales; y, todo lo que tiene una organización para un determinado fin.

Al hacer estas listas de recursos de organizaciones, se debe advertir que la cultura se utiliza con frecuencia para promover determinados proselitismos hacia ideas, creencias o intereses. Una buena planificación sabe de antemano que

para la cultura no hay otro fin que sobrevivir por medio del crecimiento y de la afirmación, volcada hacia la necesidad absorbente de mejorar las condiciones en que vive el pueblo. Por lo tanto la lista tiene el objeto de conocer recursos, para aprovecharlos cuando es posible envolverlos en el engranaje de esfuerzos que se requieren para deparar los más concretos y permanentes resultados.

En la acción cultural, es fácil despertar el entusiasmo y la contribución de muchos, sobre todo de aquéllos que entienden la cultura como un bien que debe distribuirse, no para lograr admiraciones sino para desarrollar las mejores potencialidades de los pueblos.

Este "capital de entusiasmo" que surge como un movimiento legítimo y espontáneo, es difícil de sostenerlo de una manera sistemática y permanente. Se requiere la habilidad de organizarlo, que no es más que sostenerlo para que fluya como un aliento sistemático en el punto en que se requiere, mediante un ingreso continuo de apoyo, ya liberado de la energía desordenada e inconstante que a veces se manifiesta en el pleno entusiasmo.

La lista de recursos enseñará, sin duda alguna, que en los países menos desarrollados, con grandes necesidades en el campo cultural, social y económico,

los recursos existen pero están dispersos, descoordinados y son mal aprovechados. Se gastan en acciones aisladas, sin planificación certera, que resultan en múltiples intentos repetidos, carentes de comunicación, al punto de que uno y otro desconocen las experiencias recogidas por cada uno. Esta dispersión también redundante en la efímera vida de una acción, que pudo ser beneficiosa si se hubiera sostenido y sistematizado. El impulso original lleno de excelentes intenciones se extiende al principio con gran fuerza, el entusiasmo se desgasta en el camino y ya como unos primeros resultados buenos el impulso se ha perdido por falta de una adecuada organización. Esa es la historia común de muchos intentos de acción cultural.

Todo recurso es válido porque la cultura significa reunión de esfuerzos. Una política cultural que no reúna las aspiraciones legítimas del pueblo y que no se fundamente en un conjunto de esfuerzos de la más diversa índole, es una política que se quedará en lo superficial y no sabrá alentar el verdadero desarrollo cultural.

La lista de recursos también debe incluir las formas estratégicas de emplear con carácter permanente el capital de entusiasmo. Estas estrategias conducirán con habilidad imaginativa a canalizar sistemáticamente los impulsos y los entusiasmos. Estas fuerzas son

energías invaluables que tienen los pueblos y que representan parte sustantiva de la expresión cultural. Las poblaciones más pobres, más subdesarrolladas, más marginadas, tienen a su haber el deseo de crecer y de mejorar. Este recurso debe saberlo estimular la planificación cultural.

Con la lista de recursos, que debe hacerse al mismo tiempo que se investigan las necesidades culturales, hay que hacer una revisión crítica del diseño de objetivos, sobre todo en lo relacionado con el cronograma de los inmediatos, a corto plazo, mediano y largo plazo, para ajustarlos a las posibilidades que ofrece el medio. Esta revisión no busca acomodarse a las circunstancias, pues en materia cultural en muchas ocasiones se debe luchar contra las circunstancias, es decir marchar contra corriente. Tal es el caso de la tendencia a ignorar y a aniquilar la cultura de aborígenes mayoritarios o minoritarios dentro de los diferentes pueblos. Lo mismo sucede con las invasiones subculturales de las grandes empresas transnacionales, que exportan entretenimiento a base de violencia, pornografía, vulgaridad, hipocresía social, para destruir la personalidad cultural de los pueblos, sus patrones de vida, la calidad de su organización y sus más legítimas expresiones.

La revisión crítica de los recursos lo que busca básicamente es integrar

todas las fuerzas posibles al desarrollo de la acción cultural, hecho que puede variar la consecución de los objetivos, acelerar su programación o retrasarla según sean los factores facilitantes u obstaculizantes que existan, y especialmente conforme a las posibilidades de acción que resulten de un buen sistema de organización, que reúna los recursos estatales, los de la comunidad y los de todas las alternativas que representa el capital del entusiasmo.

d) Formulación de planes

Ya con el inventario de necesidades, con la definición de objetivos y con el análisis de recursos, el trabajo a realizar consiste en la formulación de planes. La conjugación de los tres elementos es la que determinará los planes de trabajo, que deben estructurarse con todo detalle, a diferentes niveles: el nacional, el regional y el local.

Es muy importante que los planes recojan una síntesis de las necesidades nacionales, de los objetivos a este nivel, de los recursos con que se cuenta y de las formas de trabajo que se adoptarán, con sus respectivas divisiones para comprender la labor regional y la labor local. Estas divisiones de orden general deberán contener a su vez subdivisiones, según la naturaleza de ca-

da programa. Estas subdivisiones deben responder a los objetivos globales y tener sus propios objetivos inspiradores.

Sin tratar de agotar las posibilidades de las subdivisiones posibles, se enumeran algunas: expresión artística en todos sus campos, música, plástica, literatura; expresión popular, música, plástica, literatura; fomento social, vivienda, salud, seguridad, bienestar; producción artesanal, cerámica, tejidos, pieles, utilería; producción casera, mejoramiento económico del hogar; conservación del patrimonio cultural, museos vivos y educativos; revitalización de costumbres y tradiciones, incluyendo juegos, festividades, ceremonias, ritos, comidas, vestidos y otros aspectos que han tipificado a las diferentes poblaciones.

En la formulación de planes, debe tener en cuenta todos los factores que tengan dentro de sí, o puedan ser susceptibles de desarrollar, un efecto multiplicador. Es decir, todo lo que desencadene fuerza de ejecución o de creación, en tal forma que el movimiento crezca al punto de liberarse de una organización formal, para arraigarse en el hábito y en la manera de ser del pueblo.

La cultura enriquece la personalidad del pueblo; es un bien que hace crecer. No se da ni se impone, se toma y se incorpora. Los planes deben tener

presente esto, para vigilar constantemente que se esté produciendo este fenómeno de un estímulo planeado que responde a un estímulo latente con un resultado autónomo y propio, que va a implicar un desprendimiento de los planes en sí para convertirse en una evolución constante del pueblo con sus propias medidas de medios y fines.

La planificación deliberada en el campo cultural es un andamiaje que desaparece cuando el creador, el grupo o el pueblo, asumen el programa como parte de su forma expresiva.

En la formulación de planes o programación, hay que vigilar constantemente el punto en que deben transformarse de "sustentadores-estimuladores" a "facilitadores-estimuladores" de las relaciones ya logradas. La transformación la señala la necesidad de que arraigado el programa en la forma de ser del pueblo, ya no se requiere el estímulo de ese arraigo sino el estímulo que facilite su extensión, así como su permanente reconocimiento.

Esto se ve muy claro en la formación de un artista, quien en el punto ya de su creación no requiere estímulos para continuar formándose, sino para que su obra se divulgue, trascienda y se reconozca. Lo mismo podría verse en un programa de estímulo a la creación de cerámica, en que una vez logrados la

introducción y manejo de técnicas, junto a la expresión artística original del grupo, se requiere otro estímulo para que la producción se facilite y consolide.

e) Vías de realización

El programa general con su división y subdivisiones implica una definición de las vías de su realización, en cada uno de los campos.

No se considera como requisito indispensable para la ejecución, la existencia de una formal y pesada estructura organizadora, que representaría el riesgo de hacer inoperantes los surgimientos espontáneos de impulsos culturales, la organización flexible e imaginativa que requiere el capital de entusiasmo y la liberación de andamiajes cuando ya existe un sistema autónomo que responde a un movimiento propio de carácter cultural. Se recomienda, en consecuencia, una organización mínima, abierta, que facilite el flujo cultural y no lo ahogue.

Se puede a esa organización darle el carácter y el rango de un ministerio, que tenga por ejecutivo a un ministro y que cuente con un consejo de cultura, en que estén bien representados todos los intereses culturales y que emite la política a nivel nacional. Este consejo, por medio del ejecutor, inte-

grará consejos regionales y consejos lo
cales, los que formularán la política a
desarrollar en estos niveles y vigila-
rán su acertada ejecución. Si no se lo
gra una organización central y descen-
tralizada de tipo ministerial, bien se
puede funcionar con un instituto de fo-
mento cultural, al que se le otorguen
las funciones y las facilidades requeri-
das para actuar, y que también cuente
con un cuerpo formulador de políticas,
y canales ejecutivos, con operaciones
centrales, regionales y locales. Otra
estructura que puede dar buenos resulta-
dos, es la de una casa de cultura cen-
tral con una red de casas culturales en
todo el país.

Es decir, son variadas las formas
de organización, siempre que se garanti-
ce el hecho de que la mejor, de acuerdo
con las necesidades y modalidades del
país, posea toda la autoridad requeri-
da para proponer legislaciones, presio-
nar su aprobación, dictar reglamentos y
vigilar el cumplimiento de las disposi-
ciones generales que deben existir para
normar el cuidado y el crecimiento del pa-
trimonio cultural, el respeto y estímulo
que necesitan las culturas especia-
les de grupos minoritarios o mayorita-
rios, el aprovechamiento y la orienta-
ción cultural de los medios colectivos
de comunicación, y las regulaciones que
beneficien el progreso y la independen-
cia de la cultura en todo el ámbito na-
cional.

Para ilustrar estos tipos de organización, el siguiente (totalmente esquematizado) puede dar una idea de lo que se considera funcional, sin mencionar si se trata de un ministerio, de un instituto o de una casa central de cultura. (Ver cuadro en página siguiente)

La existencia de esta organización exige que cada conjunto de programas y cada programa independiente, tenga un diseño completo sobre la vía que se prevé para su realización. Es la red de actividades que implica la ejecución, desde el primer paso hasta el último, con las señales respectivas de los responsables y con las indicaciones de coordinación y tiempo en que se deben cumplir, todo con el propósito de minimizar los esfuerzos y maximizar los resultados.

Estas vías de realización completamente diseñadas, representarán también instrumentos de enseñanza para que todos los participantes aprendan a organizarse.

f) La medida de los alcances

Para la acción cultural es difícil obtener una medición de resultados. Sorprende muchas veces escuchar en confesiones de creadores, cómo fue que el estímulo de una exposición ambulante inspiró una orientación artística. La oportunidad de la presencia cultural, el abonar la memoria con un estímulo, el hacer un reconocimiento, el dar una ocasión de demostrar, el brindar oportunidad de expresión, el afirmar una destreza latente o el descubrir algo en potencia, son los factores iniciales de crecimiento con resultados increíbles de creatividad y de progreso. Todo esto no

se mide con índices y con porcentajes, que permitan transformar los resultados en términos cuantificables.

La labor cultural exige entrega absoluta y la cosecha es lenta. Para que un pueblo comience a modificar actitudes y valore su propio trabajo creativo, se requiere mucho tiempo en que a veces pasan varias generaciones.

Pero, hay medidas que pueden establecerse, aunque son de elementos difíciles de cuantificar. Uno de esos elementos es el de la atención. Cuando un grupo concentra su atención en un programa y mantiene esa atención, está dando un signo de aliento que puede tener grandes repercusiones. La organización debe responder a ese aliento y no desmayar en sus esfuerzos. Debe recordarse que en repetidas ocasiones, especialmente cuando se improvisa la organización y no hay previsiones para sistematizar, la atención concentrada de muchos se frustra por falta de reciprocidad. En innumerables ocasiones un programa es un intercambio de atenciones: la atención de los organizadores y la atención de los participantes. En el diálogo abierto, creciente y continuo de estas atenciones, se debe realizar el programa para que se desarrolle con la mayor fertilidad y produzca su propia organización.

Otro elemento medible es el inte-

rés, o sea el sentido práctico que la acción cultural va produciendo en el pueblo. El interés garantiza el traslado de lo formativo a lo formado, es la vía de maduración del trabajo que se incorpora a la destreza propia o al hábito, o se transforma en actitud personal o social. El programa que logra despertar el interés, mantenerlo y crecerlo, trasciende por sí mismo y sus resultados pueden ser asombrosos. Eso significa la sistematización espontánea del más legítimo entusiasmo.

La creatividad, el mejoramiento cultural, la disposición de crecer en todo sentido, el surgimiento de iniciativas, la realización de ellas, la recuperación de la capacidad creadora de un pueblo, bien pueden encontrar medidas en acciones individuales, comunales y nacionales que se desenvuelven con voluntad propia e independiente y son resultados muy valiosos, quizás los más importantes en la vida del país.

Medir los alcances en la planificación cultural debe constituir parte medular de toda programación, pues sólo a través del conocimiento exacto de esos alcances es que se posibilita la adecuación válida y oportuna de los programas.

Saber cuáles son los alcances reales y la distancia que existe entre ellos y los alcances ideales, forma parte de la investigación que se inició

con el inventario de necesidades. Si algo une y vitaliza el proceso de la planificación cultural, es la investigación que debe correr por todas las vías de manera constante, inteligente y creativa. La investigación debe estudiar necesidades, respuestas, reacciones y alcances, para ir creando nuevas necesidades, respuestas, reacciones y alcances, según sea lo oportuno y certero frente a las aspiraciones legítimas del país.

2. LA INCORPORACION DE LOS PLANES CULTURALES EN LOS PLANES NACIONALES DE DESARROLLO

Bien poco se puede hacer en cultura, si en los planes nacionales de desarrollo, que cubren los aspectos primordiales que deben atenderse para producir bienestar y riqueza general, así como incorporar a las poblaciones a un nivel mejor de vida, no se incluyen los planes culturales.

No se trata de una condición incorporativa por el mero hecho de estar presentes, ni de cobrar con ello un "status" de mención. Significa que la cultura recibe el tratamiento que merece como capital básico y esencial para el desarrollo. Cuántas veces se ha visto perder una estructura que reunió ingentes esfuerzos humanos y económicos, porque la condición cultural de la población no se tuvo en cuenta ni se consideró al ejecutar la obra. En múltiples ocasiones programas de vivienda se transforman en programas de tugurios, porque los habitantes de esas casas no han sido preparados culturalmente para las nuevas viviendas o porque su construcción menospreció los hábitos y forma de vida de sus habitantes.

Por otra parte, el desarrollo no es una copia de modelos exteriores a una sociedad y en consecuencia ajenos a la vi-

da social. Tampoco es una importación de productos tecnológicos cuya tecnología creativa se desconoce o se va adquiriendo a plazos, de manera siempre incompleta, y apenas si llega como una tecnología operativa. No estriba el desarrollo en un juego forzado de equilibrios, para que una minoría goce de todo tipo de privilegios y de seguridades, frente a mayorías marginadas carentes de todo y a punto de acabar de consumir su propia cultura. Desarrollo es lo contrario, es crecer todos horizontalmente para alcanzar en conjunto la verticalidad de los bienes que afirman un bienestar social y general, que tenga por base la solidez de una cultura creativa. Si se incorpora la cultura en los planes nacionales de desarrollo, se comprende y se valora su papel en esa tarea esencial de crecer y dominar los dones del bienestar.

Además, toda acción de tipo económico, social, educativo, estructural o formal, debe apoyarse en la cultura del pueblo, para que pueda ser apreciada y bien utilizada. Ese hecho anota la importancia de involucrar los planes culturales en el plan nacional de desarrollo, con el objeto de coordinar las acciones, vincularlas a la vida del país y darles la trascendencia necesaria en beneficio de la incorporación social de la comunidad. Una carretera, por ejemplo, que se recibe como un gesto pater-

nal por parte del Estado, no se aprecia en toda su dimensión si el grupo comunal no está preparado para percibir las ventajas de la comunicación, ni listo para aprovecharlas al máximo, así como advertido de los peligros que puede implicar.

Es necesario insistir en que la incorporación de los planes culturales en el plan nacional de desarrollo, no pretende introducir la cultura como adorno, con acciones exhibicionistas en que actores y receptores pertenecen a élites ya cultas, que manejan una cultura divorciada de la realidad cultural del pueblo. Se requiere que la incorporación sea total, para que la planificación cultural esté debidamente involucrada y comprometida en el desarrollo general del país.

Con ese fin, en esta parte del estudio, se analiza la relación que tiene la cultura con el bienestar, con el mejoramiento económico y social, con la identidad del pueblo, con la corriente de recibo y de aporte con respecto al patrimonio universal, y con la búsqueda del enriquecimiento nacional.

a) Cultura como bienestar

La procura de bienestar ha sido el factor que mueve a los pueblos hacia el camino del progreso. Sin embargo, el bie

nestar se ha convertido en un espejismo que depara horribles pesadillas, en tal forma que parte de la psicopatía individual y de la psicopatía social encuentra claves sustantivas en el conflicto que se plantea entre las necesidades básicas y las necesidades superficiales que extiende la red de la propaganda y la ilimitada compulsión hacia el consumo.

La falta de una cultura que lleve al pueblo a independizarse de las apariencias y de las compulsiones consumidoras, revela que es muy débil su concepto de bienestar y su esfuerzo por asentarse en una condición que le permita construir su propia calidad de vida.

La cultura debe depararle fortaleza y poder de decisión, así como metas de logro de bienestar real.

No es que la cultura deba incitar al conformismo o a la resignación. Por el contrario, la cultura debe revolucionar en una lucha colectiva y bien orientada para disfrutar de todos los bienes del progreso, sin que los pueblos se esclavicen en la consecución de una superficial, engañosa y falsa idea de bienestar.

El afán de desarrollo debe tener metas humanas, una de ellas el bienestar general. No es suficiente la definición de ese bienestar, en que se par-

ta de una realidad nacional susceptible de mejorar, sino que paralelamente se requieren medidas educativas y culturales para preparar al pueblo a alcanzarlo, a superarlo y a vivir en un constante esfuerzo de crecimiento y de afirmación, que no sacrifique los elementos esenciales de la calidad de la vida: una vivienda iluminada por la luz física y espiritual, en que se disfrute del hogar, de la familia y de la cultura; un ambiente sano y seguro; la oportunidad de una educación que habilite crecientemente; un trabajo acorde con la dignidad del hombre y las necesidades familiares; un resguardo constante y estimulante del patrimonio cultural de la población y de sus diferentes grupos; un cuidado y un incremento de los recursos naturales; una garantía de seguridad en la calle y en el hogar; un sistema de protección ante los infortunios de la vida (enfermedad, invalidez, muerte); un embellecimiento del ambiente que estimule la creatividad.

Esta idea de bienestar justo y alcanzable para todos, debe ser el fruto de la cultura de un pueblo, que sabe apartar el egoísmo social, la dependencia de lo innecesario, la apariencia que lleva a sacrificar lo mejor de cada quien y la vanidad de lo vistoso.

b) Cultura como mejoramiento económico y social

Siempre se ha tratado de medir el

mejoramiento económico y social de un pueblo dentro de términos visibles y cuantificables. Los resultados se muestran en índices, en porcentajes y en cifras de ingreso per cápita. En educación se hace lo mismo. Nunca, por raro que parezca y hasta dónde se sabe, se ha medido el grado de cultura de un pueblo. Quizás eso se debe a que la cultura se expresa y se realiza como un hecho tan válido que no requiere medición, simplemente se da en innumerables manifestaciones.

El mejoramiento económico y social medido en una escala de valores indicativos, es sabido que da cifras engañosas, pues distribuye entre toda la población lo que es riqueza acumulada de una minoría o generaliza las oportunidades de educación sin analizar su calidad y los motivos de las deserciones. Además, no penetra en el hecho de que esa educación está siendo contraproducente al desarrollo de algunos países, pues en vez de habilitar lo que hace es categorizar al ilustrado o medio ilustrado, quien se siente incapaz de trabajar si con ello se disminuye el rango que le ha dado su título. Los países en vías de desarrollo tienen dentro de su típica patología el "titulismo", que no entraña un deseo de saber o de servir, sino la ambición de un reconocimiento social o de un "status". Se ha creado así un ejército civil titulado sin oficio ni beneficio, mientras siguen sin

100
DEL
JEG

atenderse las demandas sociales.

Visto el mejoramiento social y económico en lo pretendido hasta el momento, divorciado de un mejoramiento cultural, no deja otro resultado que el palpable en el presente: crecimiento de las brechas entre minorías favorecidas y mayorías marginadas; incomunicación entre esos grupos como si se tratara de seres humanos diferentes; aumento de la violencia y del peligroso radicalismo; adopción de cada vez más complejos y sofisticados modelos de desarrollo, que sólo vienen a beneficiar a unos cuantos; revelación de que la esclavitud a un estado de miseria cada vez mayor por parte de grandes sectores del país agrava la realidad nacional.

Debe observarse que el mejoramiento real no estriba en la red de carreteras; en la extensión de los servicios eléctricos o de cañerías y alcantarillas; en las instalaciones escolares, en el número de industrias, de comercios, de cines, de centros nocturnos, de hoteles; en la cantidad de vehículos, de aparatos de televisión, de radios, de teléfonos; en la existencia de servicios asistenciales; en programas de vivienda y en tantas otras medidas y actividades que llegan a paso muy lento y con visible y patético atraso. Es innegable que todas esas obras y la creación de una infraestructura, contribuye en buena parte al mejoramiento, pero no

llega a un grado aceptable en términos generales en nuestras sociedades.

Se ha tendido a magnificar, casi glorificar, en los países en vías de desarrollo, las obras físicas que se realizan, sin situarlas en su verdadero desempeño: son simples medios de desarrollo, no fines en sí. Se requiere que exista detrás de las obras un pueblo capaz y hábil que utilice esos medios y los aproveche al máximo. El provecho óptimo lo logra la cultura, porque cultura da el potencial para el manejo de instalaciones como medios de incorporación integral.

En la lucha por una vivienda adecuada y digna para la familia, no hay familia que convierta esa vivienda en un fin en sí, sino que la aprecia como el medio seguro que va a permitir su consolidación y desarrollo, excepto que se trate de un grupo marginado por la miseria o enajenado por la riqueza y haga de la vivienda el refugio final de la vida o el escaparate de sus bienes.

En el campo de la planificación cultural constantemente se debe exigir la atención de los gobernantes, para que se comprenda este punto tan esencial y básico en el desarrollo de un pueblo: su mejoramiento real e integral en términos económicos y sociales está representado en la habilidad cultural de que disponga, para utilizar al máximo todos los me

dios que faciliten su incorporación.

Casi a manera de "leitmotiv" se debe repetir que la cultura como fuente de bienestar es también la fuerza que genera el mejoramiento económico social, siempre que sustente a toda la población y respete la singularidad de sus diferentes expresiones.

c) Cultura como identidad

En esta época de constante comunicación, de intercambios y de fácil traslado, el internacionalismo va caracterizando en muy buen grado a las diferentes culturas. Este fenómeno es una realidad, además de aceptable y conveniente, sobre todo si tiende a la convivencia pacífica, constructiva y armoniosa entre los pueblos, fundamentada en el respeto a la autodeterminación verdadera de cada uno y a las formas de vida que hayan adoptado. Sin embargo, para las culturas que están en proceso de consolidación y de afirmación, puede ser muy peligroso este libre tráfico, pues en él pueden perder sus mejores valores y recoger los inferiores de otras culturas, que en virtud de su propia solidez están ya en un plan de extensión.

El internacionalismo es excelente cuando resulta un agregado a la propia cultura, ya que depara un amplio horizonte, de mayor flexibilidad y poder de comprensión. Es de consecuencias dramá

ticas cuando desarraiga del medio sin proveer de otro medio legítimo de ambientación y de desarrollo. Produce ese tipo de ser sin identidad que se pierde en la variedad y en la circunstancia, sin poseer una personalidad que lo distinga y una cultura que lo caracterice sustancialmente.

Esto sucede con las poblaciones indígenas de los países latinoamericanos, que van perdiendo su lengua y con ella su cultura, de una manera cercenante, sin adquirir vitalmente otra lengua y otra cultura. El proceso es de exterminio real, aun cuando en la práctica no se les aniquile. Simplemente se les aísla, aun cuando se hable de que se les incorpora. La única vía de incorporación la depara la cultura que identifica.

El paralelismo que corre entre cultura e identidad es tan sustancial, que es totalmente imposible una separación sin mutilar a los pueblos, con derivados de daños y con repercusiones que no se tardan en lamentar. La aparente tendencia al mínimo esfuerzo que adoptan determinados grupos de población, su complacencia en radicar en la miseria sin ejercer voluntad de cambio, la inercia hacia la actividad creativa y hacia la necesidad de mejorar, son demostraciones de que en ausencia de una identidad cultural que se respete y dignifique, optan por un casi anulamiento vo-

luntario. La misma situación se da en los casos de marginación económica y social, en que el esfuerzo ingente de incorporación desalienta todo intento porque no hay el menor vestigio de que se dé crédito al hacer en esas condiciones o se reconozca un valor de identidad a su escasa cultura.

En repetidas ocasiones los trabajadores de grandes haciendas son acusados de no apreciar los esfuerzos patronales, que les conceden viviendas y les ceden pequeñas parcelas para sus siembras personales. Su cultura les indica un grado de subordinación que los ahoga, porque su verdadera cultura es tierra, su verdadera identidad es tierra, y no poseen tierra. El intento de prestársela les reitera la negación de su identidad. Otra reacción tendrían si se les da oportunidad de adquirirla en propiedad, mediante un trabajo que provea una forma de pago.

Esto también enseña cómo se rechaza en el fondo los gestos paternalistas, porque niegan posibilidades en lugar de depararlas. El paternalismo destroza esa identidad de lucha, de esfuerzo vital, que es la respuesta del pueblo. Representa el gesto gracioso de una generosidad que en el fondo es absurda y menosprecia la capacidad de participación. Cuando esa participación es solicitada y tiene en cuenta los verdaderos anhelos y necesidades del pueblo, se encuen

tra y es un elemento fecundo de realizaciones.

A veces se preguntan los gobernantes por qué no gozan del prestigio y del favor popular que deben dar las obras públicas construidas. La respuesta puede estar en el hecho de que esos pueblos menospreciados, tienen la cultura suficiente para saber que las obras son el manejo de fondos públicos, que no hay generosidad en la acción pública sino deber elemental, y que en la distribución de esos fondos siempre serán defraudados por falta de probidad, de organización y de intención de mejorar sustancialmente sus condiciones de vida. Descubren fácilmente la simulación y si siguen demandando y reclamando el paternalismo, es porque no ignoran que es el único lenguaje que conocen sus gobernantes, aunque el pueblo anhele otro justo y de igual a igual.

Los pequeños actos de la vida descubren más realidades que los grandes, llenos de pomposas ceremonias, en el que da sólo enfatiza la trascendencia de lo que esté entregando y el beneficiario no tiene otro remedio que repetir agradecimientos. Habrá un momento en que los pueblos recuperen todo el valor de su cultura y con ello la seguridad de su identidad, para entonces señalar lo que necesita y desea, y rechazar lo que se le extiende como obra de cierta generosidad.

En los pequeños actos de la vida se siente la pobreza de una falta de cultura que nos identifique, lo que rodea de inseguridad y de inestabilidad. La conciencia de lo anterior, mueve hacia la recuperación de lo necesario. No hay quien rehuya la mano que le ofrece algo que signifique mejoramiento, siempre que se le dé en términos válidos y respetuosos, en que prive por lo menos el reconocimiento del hambre de identidad y de cultura.

El pueblo dueño de su identidad, producto de su cultura, sabe buscar su bienestar por la vía de un general mejoramiento económico y social. Además, poseedor de esa personalidad está en disposición de enriquecer la cultura universal y de enriquecerse con su aporte.

d) Cultura como corriente del patrimonio propio al patrimonio universal

Es casi abundar en las ideas expuestas, el señalar que entre las diferentes culturas debe existir un diálogo respetuoso de intercambio, con su debido filtro de influencias que determine lo provechoso y lo enriquecedor para incorporarlo sin perder los valores propios.

Los medios de comunicación masiva en las sociedades de tecnología importada, y aun en las sociedades dueñas de

esa tecnología, imponen una cultura o subcultura que invade con la tenaz constancia de una perforación que socava las bases más fuertes y legítimas de una sociedad. Es así posible que toda una población lllore de 5 a 5:30 de la tarde la ficticia tragedia de una campesina que llega a la ciudad, zozobra en la humillación y en la maldad, sobresale por sus bondades y logra la felicidad justa del final, porque no era una campesina sino una niña secuestrada de una "buena familia". Frente a las realidades hon-das y crueles de la vida, en que la piedad ya no se da ni por arte de exquisi-to lujo, se llora la engañosa sensible-ría de la hipocresía social. También es posible que toda una población, delante de la imagen que trae el tubo, se llene de miedo con las hazañas del ladrón, del criminal, del espía, de las víctimas de una trama sin razón y sin sentido, en que la violencia es igualmente violenta por parte del que delinque y del que castiga.

Y es que los medios de comunicación masiva, con excepciones muy particularizadas, son meras empresas comerciales empeñadas en vender más y más mientras captan el interés de una masa que acepta lo que se le informa, lo que se exhibe, lo que se receta. No hay diálogo, se recibe cualquier mensaje sin respuesta. No hay descanso, se manipula sin piedad. No hay intercambio, se penetra con toda la intención de violar hábitos y costumbres.

No hay creatividad, la imaginación se va archivando bajo el influjo de ese imán que todo lo dice, todo lo sabe, todo lo descubre.

Es muy posible que a muy corto plazo, la humanidad se habrá convertido en espectadora, poco creativa, poco pensante y reflexiva, y especialmente muy manipulada por intereses completamente ajenos a los mejores de la vida.

Cierto es que a este peligro está expuesta toda la población, siempre que no se tomen medidas válidas para que los medios de comunicación masiva se conviertan en instrumentos de educación y cultura, y la técnica del recibo se perfeccione para dar cabida al diálogo y a la participación creativa.

Sin embargo, es también cierto que las bases de equilibrio y de respeto en que se venían dando los intercambios culturales, así como la afluencia de estímulos a la cultura nacional y el natural camino de aporte de ésta a la cultura universal, han sido negativamente alteradas. La empresa comercial transnacional, poderosa en tecnología, en disposición de un amplio y fuerte capital de producción, con todas las vías abiertas para una influencia permanente, ha encontrado un campo fértil de extensión, tal vez inconsciente de su poderío y de su enorme fuerza de transformación negativa. Esta realidad de desbalance, este

desequilibrio, esta invasión sin vías aparentes de presión, no sólo despoja y empobrece, sino que crea falsos patrones de vida cultural con efectos gravemente nocivos en el desarrollo de los pueblos.

Por el momento corren libremente por el mundo los héroes de la violencia y de la manipulación internacional, que cobran ante los ojos de los deslumbrados espectadores una dimensión ejemplarizante. Un hombre nuclear, una mujer biónica, héroes mitológicos de la actualidad, apagan con el poder intrínseco de sus fuerzas extranaturales cualquier heroicidad construida en las luchas patrias y en las hazañas de la historia indoamericana. Los héroes históricos para los niños aparecen como un estúpido estallido de rebeldía ante el detective que consulta computadoras para detectar a los computados infractores legales. La fábula humana ha cobrado un estilo deshumanizado, en que los seres atípicos son los protagonistas de una época indeterminada entre el hoy y el mañana, en una guerra incansable del hombre contra la sociedad.

La alteración del equilibrio en el intercambio cultural, está dejando sin voz y sin fuerza a las culturas nacionales que hacen esfuerzos por identificar una personalidad propia. Esta parece ser la época de la invasión inalámbrica, en que no hay respeto ni consideración

alguna por los pueblos que carecen de una tecnología de invasión cultural o de una tecnología que les permita defender su cultura con propios medios de comunicación masiva.

Esta alteración en las bases del intercambio está dando como resultado un fenómeno que debe estudiarse a fondo: el empobrecimiento de la cultura universal.

Como primera consecuencia ha socavado y debilitado la cultura de cada país, que no ha podido evitar los atractivos que ofrecen otros patrones culturales que se exportan engrandecidos y fascinantes. Cada país apenas si logra, empeñando todos sus esfuerzos, en el caso en que esté consciente del fenómeno, rescatar algo de esa cultura en total proceso de erosión. En tales condiciones el aporte cultural del país a la cultura universal ha desaparecido, apenas si logra la triste participación de ser un pobre y patético escenario para una corriente turística que busca un lugar grato, excitante y receptor de una mentalidad en vacaciones, en que se obtenga lo mejor para una curiosidad viajera al menor costo posible.

La segunda consecuencia es que la cultura universal se ha llenado de basura, para alimentar el comercio cultural, y la pérdida absoluta de valores late sobre la vida colectiva con signos

de desorientación y decadencia.

Es necesario que exista un esfuerzo sistemático para recuperar el equilibrio normal del intercambio, y restablecer las corrientes de mutuos aportes entre las culturas nacionales y la universal. Sin ello no se producirá el equilibrio de convivencia pacífica, el respeto entre los pueblos y el crecimiento fructífero de la humanidad.

e) Cultura como enriquecimiento nacional

Cuando un pueblo dispone de habilidades para pensar y para crear, tiene a su haber una riqueza significativa que se irá traduciendo en hechos prácticos de enorme contenido: un trabajo de menor esfuerzo y mejores resultados, un bienestar de seres realizados, una convivencia en que impere el respeto a la libertad de todos y a las formas de vida que adopten, una convicción fuerte y activa para mejorar racionalmente las condiciones sociales, un compromiso voluntario y determinante en los esfuerzos de mejoramiento, y una capacidad incansable de crecer en las más legítimas experiencias, mediante las comunicaciones más abiertas que patrocinen un diálogo siempre recíproco.

Esta cultura enriquecedora es la que se debe alentar en los pueblos y

en los individuos. Para su fomento es válido cualquier esfuerzo de planificación y de realización, porque se está dotando de la sustancia primaria para que cada pueblo escoja por sí mismo la mejor vía hacia su propio desarrollo.

Parece utópico hablar en estos términos, sin embargo en la residencia de la cultura como instrumento de incorporación social está el milagro de las más increíbles realizaciones. Lo vemos con el individuo que supera la obra productiva para llegar a la obra artística. Lo vemos con el jardinero que entregado a su quehacer crea la belleza del jardín interior y exterior. Lo vemos con el mecánico que en el arreglo de piezas trasciende el oficio e inventa nuevas piezas y motores. Lo vemos en todos los trabajos que ejecuta el individuo con fe y con empeño de superación. Por qué no lo podemos esperar de los pueblos?

La cultura individual hace crecer al hombre, lo perfila, lo distingue en cualquier campo o circunstancia en que se encuentre. Es el impulso hacia la creación, hacia el bienestar, hacia lo mejor de sus posibilidades. La cultura nacional debe facilitar esa labor individual.

La labor de hacer crecer la cultura popular no es masificar al pueblo en una estadística que prevé iguales sucesos para todos, ni concebir la fotogra-

fía de un enorme grupo sin caras al que se dicta instrucciones de cómo actuar, cómo sufrir, cómo sonreír, cómo vestir, cómo trabajar, cómo comer y cómo dormir. Es trabajar junto a cada grupo de gente con cara, con familia, con problemas, con necesidades, con inseguridades, con enormes carencias, y "aprender-enseñar" con ellos para que su propia cultura va ya afirmándolos con las destrezas y apoyos que requieren.

Riqueza-cultura son tan sinónimos que la utopía estriba sólo en la dificultad de que los gobiernos se empeñen verdaderamente en apoyar y fortalecer el crecimiento cultural de los pueblos. Si hay decisión, el florecimiento de una riqueza significativa, no acumulativa, vendrá a producir un beneficio general.

3. TRABAJO CULTURAL

Si bien en todo trabajo se requiere de previo conocer las necesidades y planificar las acciones, esa planificación debe ser flexible para absorber todas las modificaciones que sean necesarias conforme lo determine el conocimiento de la realidad.

Por más detallado que sea el inventario, por más completa que sea la planificación, siempre en el curso del trabajo se dan situaciones y circunstancias que aportan nuevos conocimientos y que exigen variaciones en lo planificado.

En el trabajo cultural se tiene que atender cuidadosamente los cambios oportunos, que no pueden ser antojadizamente tomados por los ejecutores, sino que deben integrar la investigación de necesidades y corregir la planificación. No se quiere decir con esto que se busca hacer del trabajo cultural un canal de consulta, que detenga o lentifique las acciones. Por el contrario, se concibe la investigación, la planificación y el trabajo como un proceso dinámico, plenamente ejecutivo y totalmente integrado. Es decir que la acción incluye la investigación y el perfeccionamiento de lo planificado, todo con el propósito de ser más certero en la ejecución.

La mejor forma de orientar la acción, o sea de trabajar, en cualquier

campo, consiste en estar alerta a las demandas, aspiraciones y verdaderas necesidades que tiene la sociedad en que se labora, para ajustar las acciones hacia los puntos vitales, especialmente aquéllos que tienen efectos multiplicadores.

En el trabajo cultural la actitud debe ser plenamente receptiva, abierta a un más completo y cabal conocimiento de la realidad, para actuar con rápida inteligencia sobre lo que verdaderamente necesita aliento y requiere apoyo.

En las siguientes notas se cubren estas mismas ideas, con énfasis en determinados aspectos que deben cuidarse de manera especial.

a) Científico

El trabajo cultural no se realiza en el vacío, se ejecuta en una realidad que tiene toda una tradición y una configuración determinada. Por lo tanto no implica un comienzo, sino que representa el introducirse en un proceso dado, con sus propias tendencias hacia una evolución negativa o positiva, incluso hacia un estancamiento pasivo o decadente.

La cita de esos hechos exige la presencia de un grupo interdisciplinario al frente del trabajo cultural en todo su conjunto. No se puede improvi-

sar en una labor que maneja los fundamentos esenciales de la vida de un grupo. Es necesario contar con diferentes profesionales, debidamente formados para tener absoluta seguridad de su comportamiento cuidadoso y respetuoso, así como de su sentido de alerta y su entrega a la misión confiada. Junto a este equipo interdisciplinario, debe haber asistencia de historiadores y geógrafos para conocer, antes de iniciar la acción, hasta el más mínimo detalle de la trayectoria del pueblo, junto a un análisis profundo de las distintas formas de organización social, de las creencias, supersticiones, sabiduría popular, medicinas, tipos de trabajo y maneras de producir.

En esta labor científica debe excluirse la entrevista formal o el llenado de cuestionarios, que siempre traen desconfianza. Dan la idea de censo que viene a despojar o a alterar la tranquilidad comunal. El estudio debe encauzarse por medio de los líderes reales, no formales, de los diferentes grupos, en que se gane la confianza y se logre un verdadero diálogo de comunes intereses.

Hay por supuesto una larga labor de escritorio, para investigar documentos y estudios, para comparar los datos y resultados de uno y de otro, y para sacar conclusiones orientadoras.

En la labor de planificación cultural el diseño orientador de metas, debe entenderse como un trabajo científico, aun cuando se trate de aproximaciones que luego se modifiquen al realizar la acción. Debe tenerse en cuenta que la realidad tiene un juego de apariencias que muchas veces esconden las motivaciones verdaderas, que son las que poseen todo el poder de influencia en reacciones y actitudes imprevisibles en un primer plano de conocimiento, por más cuidado y empeño que se haya puesto en llegar a un grado profundo de dominio cognoscitivo.

El equipo interdisciplinario con rigurosidad científica debe actuar sobre las acciones que se realizan, para orientarlas debidamente. Incluso es necesario que científicamente se organice todo ese capital de entusiasmo que puede despertar la acción cultural, para convertirlo en un instrumento de constante apoyo.

En cuanto a la existencia de organizaciones formales de asistencia social o económica en salud, crédito, bienestar, apoyo agrícola, desarrollo comunal, educación y otras, es imprescindible tenerlas en cuenta y prepararlas para una respuesta cultural a las comunidades que sirven. Este compromiso de esfuerzo conjunto tiene favorables repercusiones en el trabajo cultural y representa un elemento de valiosa ayuda.

Por otra parte, es un hecho de que en la realidad social de los países subdesarrollados el personal profesional no se comunica en la práctica con el público al que atiende. Imbuido en su terminología técnica y apurado por la brevedad falsamente eficientista que parece exigirle su labor, atiende sin atender, evacúa consultas sin que se entienda la respuesta, da orientaciones sin que lleguen a los usuarios. Esto es muy notorio en la consulta médica en que siempre el paciente queda en la más absoluta ignorancia de lo que debe hacer por el simple hecho de que no entendió las instrucciones del profesional. Acercar estos lenguajes es parte fundamental de la acción cultural.

Como se puede notar es un trabajo científico que busca la orientación básica sobre el conocimiento y sobre la realidad con todas sus evoluciones, y en buena parte es un trabajo de acercamiento y sensibilización para que lo científico y lo organizado esté a la disposición de los que requieren los servicios.

b) El beneficio

Lo más estimulante en un trabajo estriba en el hecho de palpar beneficios. Quien se entrega a una tarea cultural, espera como recompensa válida el constatar progresos significativos por parte de quienes participan en el programa.

En cultura los beneficios son, además de difíciles de detectar, a veces vencer las barreras con las que se trata de aislar la acción cultural. Resistencias, desconfianzas, participaciones de simples espectadores, actitudes resignadas son formas de evasión que rechazan esa invitación a pensar, hacer y crear. No se debe engañar quien trabaja en este campo por una numerosa asistencia a los programas. Las audiencias multitudinarias no señalan la recepción multitudinaria de los mensajes y de los frutos de la acción. No es el número el que debe condicionar los programas. Es el efecto, o sea el poder de respuesta.

El beneficio que se busca es el de atraer la conciencia y mover esa conciencia. Toda forma de resistencia desaparece cuando de igual a igual se establece un diálogo que busca la reciprocidad, el intercambio, dentro de términos de mutuo respeto.

El otro beneficio es el de enseñar la meta que se busca, ya debidamente orientada, y encontrar la compañía hacia la consecución de ella. Es el beneficio de compartir, de aceptar ser parte involucrada y comprometida.

Estos dos beneficios deben ir independizando gradualmente el apoyo, que debe resultar innecesario porque se ha des

cubierto la fuerza de los propios individuos en su incorporación dentro de una corriente cultural.

Se parte de hechos concretos, en proceso de evolución, y realmente no se puede predecir los alcances porque ya están en manos del ingenio inagotable de los seres humanos.

c) La continuidad

La labor cultural es permanente, tiene tantos campos como poder de imaginación posee el hombre. Levantados los estímulos, dispuesta la energía, abiertos los horizontes, se extiende con gran fuerza por múltiples vías.

Debe advertirse que en el punto en que se requieren los apoyos, no es admisible la discontinuidad. Un programa que se inicia bien orientado y con la flexibilidad de cambio que exijan las circunstancias, debe sostenerse sin interrupción hasta el momento en que la dinámica cultural ya no requiera del programa, es decir se haya totalmente independizado y sus propias fuerzas lo sostengan. La interrupción inoportuna frustra esperanzas y puede producir efectos negativos, irreversibles en el despertar de impulsos que se requieran con un nuevo comienzo.

La sistematización, en que se ha insistido tanto, es un componente esencial

del trabajo cultural. Sin sistema que garantice el desarrollo de la acción, el trabajo fracasa a corto plazo. Cuando por circunstancias imprevistas no haya seguridad en la disposición de recursos, debe preverse de inmediato una forma sistemática de organización que supla la carencia de esos recursos, para que no deje de existir el aliento que necesita el desarrollo cultural.

Es mejor disminuir el ritmo, distribuir los recursos existentes a lo largo del mayor tiempo posible y prepararse para lograr mayores aportes voluntarios, que interrumpir o discontinuar lo emprendido que ha logrado concentrar la atención y crear expectativas.

El hecho sustantivo de que el trabajo cultural es una labor sin fin posible, en orden de las necesidades que se llenan y crean nuevas necesidades, salvo del programa que se independiza por el peso de su propia fuerza, obliga a que la planificación prevea desde el principio la afluencia segura de los recursos necesarios. Sin esa seguridad desde el comienzo que fije los compromisos que se adquieran en términos de realizaciones, toda la planificación se puede desmoronar con grandes riesgos para el panorama de la realidad cultural del país.

d) La transformación de programas en misiones

El fin último de la planificación se puede resumir en el logro de que cada programa se transforme, de la manera más espontánea y natural, en una misión. Por misión se entiende la acción que asume un individuo, un grupo, una comunidad o un pueblo en condición esencial de propia realización. En otras palabras es integrar a la personalidad individual, de grupo, comunitaria o popular el hambre de cultura junto a la habilidad de alimentarla con lo mejor de su espíritu creativo.

De ahí el énfasis en que la planificación cultural no tenga por objeto el agregar, en que siempre piensan los que ven la cultura como un bien que adorna o como una cosa que da prestigio. La planificación cultural debe buscar el integrar, para que se crezca en todo sentido, con destrezas de renovación, de afirmación, de creatividad y con ideales de independencia.

La misión en que se debe transformar la programación, implica un compromiso autodeterminado por una voluntad libre y creadora, que se despertó imaginativa ante la conciencia de su propia capacidad y tiene al frente una gama amplia de posibilidades ejecutoras. Ya aquí sobra la planificación como influencia de estímulos para despertar; pue-

de ser útil para el apoyo y facilidades que requiere esa conciencia necesitada de hacer y crear. El campo de la planificación se convierte en el libre carril que encuentre la misión misma para afirmar su propia capacidad, para acrecentarla y para realizarla plenamente.

Cada programa que se transforme en misión es un logro firme en el panorama cultural y una de las formas más válidas de enriquecer la cultura.

En los asilos de ancianos, cuando parece haberse perdido la identidad en espera de la muerte y hay una angustia incurable en el repaso de lo poco que se ha sido, el estímulo de la creatividad, programado o no, se convierte en una renovación total, en una misión de ser que depara la ilusión real de un porvenir. Si en esos centros de escasa esperanza, el despertar de intereses creativos desafía la más radical frustración, es válido esperar de las poblaciones más jóvenes y más vitales que asuman con espontaneidad la misión cultural en la más plena lucidez de su capacidad creativa.

Cuál es el medio que convierte el programa en misión? Generalmente no hay un recetario válido que enseñe el cómo y el cuándo. En cultura no valen las generalizaciones. Los pueblos están integrados por grupos con distintas motivaciones, necesidades y esperanzas, in-

cluso con individuos creadores que saben realizarse en los medios más hostiles y menos estimulantes o por personas con dotes sobresalientes que se apagan y se pierden en la lucha contra esas hostilidades o con estímulos prematuros que las hacen sucumbir en un estado de meras promesas.

La misión no tiene un canal de imposición, es decir no responde a deliberados intentos de transformación. Significa un compromiso y una responsabilidad, que sólo se pueden asumir libre y espontáneamente por decisión conjunta o individual.

En el arte de integrar culturalmente todo está abierto para la fecundidad. En el campo la fecundidad es una semilla que puede transformarse en árbol y la trajo el viento, un caminante o la lluvia. En cultura se siembra también, y se fertiliza, se estimula, se afirma, se cuida y se defiende. Las semillas son el dominio del libro, el aprendizaje de la música, la comprensión del arte, la adquisición de habilidades, la afirmación de los valores humanos, la ampliación de horizontes, la introducción de mejoras en el hogar y en la comunidad, el ejercicio de pensar, el aprender a hacer y el enseñar lo que se sabe. Las semillas crecen y al crecer van creando ese árbol que sobresale y que es misión voluntaria, integrada a la misma razón de ser.

En el camino de la vida, la convicción de la misión anima al hombre. Ese ánimo innato en él hay que liberarlo de enajenaciones, de esclavitudes, de reducciones y de mezquindades. Hay que alimentarlo y fortalecerlo para que escoja su propio destino. Esa es la brillante y permanente misión de la cultura.

II. CONCLUSIONES

En este estudio se ha tratado de demostrar que la cultura del pueblo es parte sustantiva de su realidad y de que para mejorar esa realidad de manera concreta, en una forma permanente, la única vía válida es la de desarrollar con toda plenitud esa cultura.

Para ello, desde el enfoque de la planificación como método de un trabajo científico, se enfatizó la estrecha relación, casi inseparable, que tiene la cultura con el bienestar, con el mejoramiento, con el enriquecimiento y con la identidad de los pueblos. El acertado logro en el alcance del más conveniente desarrollo de la vida individual y social, depende en última instancia del grado alcanzado de cultura y de que la cultura, como un bien necesario, esté equilibradamente distribuido en toda la población.

Si se quiere ver de otro modo, es fácil encontrar que en los países en subdesarrollo son muchas las necesidades del pueblo; necesidades que tienen una historia larga en el recuento de sus sufrimientos. Por otra parte, hay también una serie de dificultades y problemas que impiden la solución de esas necesidades, una de ellas es la de que se agotan fácilmente los recursos sin atender las demandas y sin que se lleguen a mo-

dificar las causas que generan con efectos crecientes esas necesidades. Frente a ese estado grave de situaciones, por un lado se ve el aumento peligroso de brechas y por el otro el cada vez más difícil intento de equilibrar. Para los signos cada día más visibles de inestabilidad, de protesta, de violencia manifestada en muchas formas, no hay soluciones que anuncien un cambio de situaciones. Por el contrario, preocupa que las presiones ejercidas por grupos poderosos, para garantizar sus privilegios y asegurar sus posesiones, constituyen un factor negativo al necesario desarrollo nacional.

La ausencia de una política cultural agrava ese estado de cosas, pues se sigue tratando en los países subdesarrollados como un adorno, cuya utilidad es tria en el prestigio que pueda dar al país tener una orquesta sinfónica, museos, salas de pintura, teatros y programas de educación artística. No relacionan la cultura con el desarrollo nacional, salvo en lo relativo a los aspectos vistosos que conlleva la existencia de algo creativo o creador en manos de pequeños grupos intelectuales.

Cuando se comprenda que la cultura es la base esencial del desarrollo y la clave del mejoramiento económico y social, los gobiernos del subdesarrollo tendrán que ocuparse seriamente de alentar con todo su apoyo una política cul-

tural. En ese momento también se darán cuenta de que esa política se debe desenvolver en una estrategia de defensa, que procure estimular las energías nacionales para que fructifiquen, y se pueda filtrar con cuidado las influencias nocivas de la empresa comercial de tipo transnacional con su exportación ilimitada de subcultura.

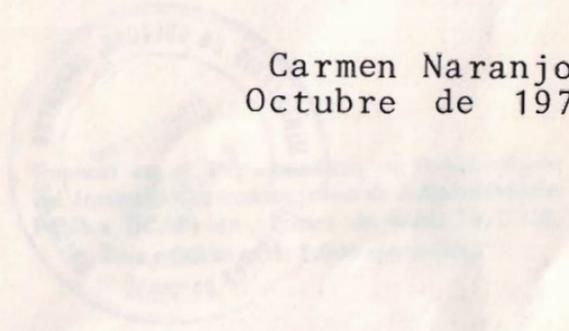
En este aspecto debe entenderse que las culturas de los países subdesarrollados, en pleno ejercicio de su apogeo cultural, están en una etapa extensiva y divulgativa. En materia cultural no se pueden alterar las etapas de la evolución natural de la cultura. En el subdesarrollo se requiere por el momento afirmación de lo propio y el encontrar en las fuentes nacionales todas las posibilidades de creatividad, que con seguridad resultarán inagotables.

Este trabajo prevé que la planificación cultural depende en lo sustancial de la existencia de una política en el campo de la cultura, política que debe ser bien definida y estructurada dentro de una estrategia de defensa de los valores nacionales. Pero, aun sin esa política, aun sin que el Estado asuma el papel estimulante y liberador de las energías creativas de un pueblo tratado dignamente en toda su dimensión humana, es posible realizar una planificación cultural con los recursos que se destinen para ello y con los existentes

tes para reunir integralmente los esfuerzos y encauzarlos hacia las soluciones permanentes de las necesidades.

El mejor porvenir de los pueblos subdesarrollados está en el logro de que crezca esa cultura que los ha mantenido organizados básicamente, a pesar de la miseria y de la desesperanza.

Carmen Naranjo
Octubre de 1977





Impreso en el Departamento de Publicaciones
del Instituto Centroamericano de Administración
Pública (ICAP) en el mes de enero de 1978.
Esta edición es de 1.000 ejemplares.



Impreso en el Departamento de Ediciones
del Instituto Costarricense de Administración
Pública (ICAP) en el mes de mayo de 1978.
Para obtener este libro dirigirse



INSTITUTO CENTROAMERICANO DE ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

¿QUE ES EL ICAP?

El Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP), en el cual fue transformada en 1967 la Escuela Superior de Administración Pública América Central (ESAPAC), establecida en 1954, es una institución no lucrativa fundada por los Gobiernos del Istmo Centroamericano como uno de los organismos especializados de integración. Tiene personería jurídica propia y sus actividades están orientadas hacia sectores seleccionados de la Administración Pública a los cuales los gobiernos conceden prioridad, basados en los programas nacionales de desarrollo y en el esquema general de la integración de Centroamérica. Así, al contribuir el ICAP a capacitar el elemento humano necesario para la modernización de las estructuras administrativas de los países miembros, está propiciando que éstas constituyan un factor de desarrollo e impulsen el movimiento integracionista regional.

Las actividades del Instituto incluyen: adiestramiento a través de seminarios y cursos formativos y técnicos, tanto regionales como nacionales; investigación de la problemática de la administración pública del Istmo y del movimiento integracionista; asesoría técnica a los gobiernos y a los organismos regionales de integración; y difusión de sus labores mediante el esfuerzo editorial, los servicios bibliotecarios y de documentación proyectados hacia toda el área.

Con el propósito de atender de manera adecuada las necesidades de la Administración Pública, siempre crecientes en complejidad y magnitud, así como las peticiones de colaboración que recibe de parte de los gobiernos, derivadas de ese proceso, el ICAP ejecuta programas de cooperación técnica contando con la asistencia de organismos internacionales, universidades de América y de Europa y fundaciones preocupadas por el desarrollo de nuestros países.

Precio: US\$ 2.00